

—Qué sabroso ríe, Sam; da gusto. Allá abajo, sabe, los hombres andan creyendo que usted está loco, y las mujeres le tienen miedo. Dicen que es brujo.

—¿Brujo? ¡Eso está bueno! Más "mior" así, más "mior"—, y dió en reír de nuevo a más no poder—. Lo que diría mi Rebecca si me pudiera ver ahora leyendo Salmo. ¿Sabe, míster?, por las noches a veces canto. Y una lechuza viene y me acompaña acurrucándose ahí donde está usted. Por las mañanas, qué me dice, míster, árboles y pájaros, y sol, algunas veces.

—O lluvia, casi siempre, ¿no?

—Con truenos, sí. Más "mior", más "mior". Hermosos truenos de Dios.

—No es vida, Sam, digo yo. Esto es sólo quietud. ¿Por qué se ha venido a enterrar tan alto?

—¡Y a quién le importa, mire!

—Quizá me importe a mí.

—¿A usted, míster?

—Timber, así me llaman.

—Ja ja ja ja —rió el negro más hondo—. Un negro viejo no le importa a nadie.

—Quién sabe. Me han dicho que era usted un gran hachero, buen conocedor de maderas, y que alguna vez trabajó como aserrador de los buenos. Yo necesito uno. Todavía está usted fuerte, entero.

Puñeteó Sam con su mano derecha en la palma de la izquierda:

—Entero, sí, pero para mí solo. Ya sé que usted es el que está instalando esa máquina de asesinar matas de montaña. ¿Busca gente? En cuanto a Sam Scott, no thanks. No más nada conmigo. Mejor hablemos de otra cosa, sabe, míster Timber.

Y de otras cosas se pusieron a platicar. Por fin, Clinton le dijo adiós a Sammy, y comenzó a bajar por la estrecha escalera.

—Tenga cuidado, míster— le dijo Sam.

—Gracias, le tengo cariño a la vida— respondió Burton.

Ya abajo, mirando hacia arriba, gritó a garganta llena:

—Ey, Sammy, brujo de los diablos, va a tener que bajar de allí aunque no lo quiera. Es un estupendo zurá, de los de corazón negro, ¿sabe? Qué tal si lo mando voltear para tabloncillo. Daría mucha madera.

Y dijo a reírse con todos sus pulmones, mientras el negro arriba se asomaba al borde de su guarida blandiendo una descomunal escopeta:

—¡Look, fellow!— gritó.

—Ja ja; ¡me va a asustar a mí con ese viejo fierro herrumbrado!

Y enseguida, siempre riéndose:



—Es sólo una broma, míster Lumber—; gritó más alto—: Pero ya irá viendo cómo bajará, ya lo irá viendo.

Y su voz resonó en la montaña como dentro de un enorme caracol.

.....

Bajó el negro tiempo después, cuando empezó a oír y oír el ruido de la sierra y la alistadora, ya no sólo a buscar palmito en la montaña y a cazar algún animalito, sino a curiosear por el aserradero.

En el río, arreadas como ganado por los boteros, bajaban las trozas, hasta el playón del frente.

A Sam la boca estaba comenzando a hacersele agua. Qué de troncos listos en el apartadero.

—¿Hacemos un trato, míster Timber?— le dijo un día a Clinton.

—¿Cuál, Sammy, Sammy Lumber?

—Acepto, pero si me regala el zurá. Es mi casa, y allí seguiré habitando mientras viva.

—It's a deal, Sam. Y aún más; dejaremos una media hectárea sin tocar alrededor, para que siga sintiéndose a gusto rodeado de jardines, eh, y mate algunas pavas; ¿qué le parece?—, y guiñó un ojo.

—Ah, caray, más "mior", míster—, y a Sam le brillaron las pupilas.

—¿Sabe, hombre? Comienzo a envidiarle su bendito nido de oropéndolas. Yo también me siento ahora más ave libre, desde que mandé al diablo a la bananera.

Y caminaron juntos hacia el aserradero.

.....

Clinton, a fe mía, trabajó como un negro. Sam Scott, míster Lumber como le decía el otro, se esforzó como un blanco. Se fueron haciendo muy buenos amigos. Pasaba el tiempo.

Un día, Clinton lo llamó aparte:

—Sam, me llevó quien me trajo.

—¿Qué pasa, míster Timber— los ojos

## ASOMANTE

Revista Trimestral Literaria

La edita la  
ASOCIACIÓN DE GRADUADAS  
DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

DIRECTORA:  
**Nilita Vientós Gastón**

DIRECCIÓN:  
**Apartado 1142  
San Juan, P. R.**

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos.....	\$ 4.00
Otros países.....	3.50
Ejemplar suelto.....	1.25

se le multiplicaron—, anda mal la cosa?

—Anda mal —se le poblaron más las cejas—. La bananera me está apretando los tornillos. Me ha puesto condiciones de ruina para recibirme las traviesas, y no quiere por ahora más madera moldurada. ¡Es el colmo: en cambio me ofrece otro préstamo!

—My goodness, ¿qué piensa hacer?— preguntó Sam pensativo.

—Pelear hasta lo último. Exportaré por mi cuenta, si consigo un dinero que estoy gestionando en otra parte. Aceptaremos el reto, ¿verdad, míster Lumber?

—Está bueno, míster Timber. Cuento conmigo. Trabajaré lo que sea, hasta sin paga, palabra. Hablaré con los hacheros y acarreadores. Nos socaremos la faja; se la socarán hasta los bueyes, por Dios y todos los santos del cielo.

—No tanto, Lumber, no tanto.

—Es que aquí nadie quiere volver a